

# Guillermo Caballero

## Guillermo

Desde hace un tiempo no está más acompañándonos Guillermo, que era amigo de muchos de nosotros y mi amigo personal. Tenía muchas virtudes, entre ellas, que era buen padre, buen marido, buen amigo, buen deportista y buen escribano.

No me cabe duda de que debía de ser también bueno en otras cosas que ignoro, porque tenía una multiplicidad de intereses y una personalidad dotada de un entusiasmo y una alegría que no es frecuente encontrar.

Varios somos sus amigos desde la época del colegio secundario, pero no me animaría a decir que tenía conmigo una amistad particular porque cada uno de nosotros sentía que tenía con él una amistad especial.

Cuando cuento esto recuerdo que cierta vez, al haber muerto un señor, cada uno de los hijos me manifestó por separado que él era su hijo preferido; haber conseguido que sintieran eso es una virtud no común. Lo mismo le pasaba a Guillermo con sus amigos.

Siempre aconsejaba sin criticar, se solidarizaba sin distribuir culpas y tenía la rara cualidad de marcar errores sin humillar al destinatario.

Fue, además, un buen escribano y trabajó muchos años para nuestro Colegio, lo que me habilita a hacer este recordatorio en nuestra *Revista*.

En nuestro Colegio fue vocal del Consejo Directivo en tres oportunidades, así como prosecretario. Dedicó por lo menos ocho años de su vida a ejercer funciones institucionales. Además fue consejero de la Fundación del Colegio.

Como dije, estábamos juntos desde chicos y juntos transitamos años difíciles de nuestro país. De esa primera época recuerdo uno de los tantos pro-

blemas que separaron a los argentinos, el tema de la enseñanza libre o la enseñanza laica, que en definitiva no tenía nada que ver con ser laico o religioso, sino con la posibilidad de que hubiera, o no, universidades privadas.

Los dos estábamos en el bando que consideraba que había que permitir las, pero no lo hacíamos por motivos particulares o de interés, los dos ingresamos y nos recibimos en la Universidad pública del Estado.

No sé si en esa época estábamos más politizados que la generación actual o éramos más inmaduros, pero parecía que el tema se dirimía hacia uno u otro bando en peleas absurdas. La ley salió, por eso existen las universidades privadas, lo que en ese momento no dejó de sorprendernos porque cuando empezaban los golpes los otros siempre eran más.

Desde chico fue un excelente deportista, jugaba a todo lo que se presentaba y lo hacía bien. Luego, ya de grandes, empezamos a jugar *squash* y viajamos juntos para competir contra otros equipos. Siempre daba todo lo que podía y de buen humor, siempre tenía una meta que estaba un poco más allá y que él consideraba que podía alcanzarse.

Había en él algo que no es fácil de encontrar; la convicción de que todo se puede mejorar, que quizás hay que estudiar más, entrenarse más o esmerarse más, pero que es posible hacer las cosas mejor.

Una de las ventajas que tiene la edad es que nos permite ver a lo largo de los años cómo les ha ido en la vida a los compañeros que tuvimos en los colegios, si las características e inclinaciones que tenían en esa época se proyectaron. Confieso que algunos de ellos todavía me sorprenden pero, en el caso de Guillermo, ya manifestaba de chico las características de solidaridad, amistad y entusiasmo que llevó toda su vida. Prescindía de la edad como limitante. Nos decía que si lo que había que hacer era del tipo de cosas que sólo pueden realizar diez personas en el mundo, entonces era probable que no se pudiera hacer, pero que si había diez mil que las hacían, él también podría.

Uno de los concurrentes a su entierro se acercó para decirme: “Esta multitud que vemos es el triunfo de la amistad”.

Históricamente muchos apellidos responden a una profesión, a un lugar de procedencia o a una característica que tenía la persona en origen, característica que posiblemente se transmita genéticamente. Guillermo fue a lo largo de toda su vida y en su profesión, un Caballero.

Por esto que cuento y por lo que siento, no quiero decir adiós, porque algunos pensamos que puede haber un más allá donde volveremos a encontrarnos. Si eso sucede supongo que hablaremos sobre el Colegio de Escribanos, de algún viaje extraño en que coincidimos y de nuestro trabajo. Quizás también nos siga acompañando la suerte y podamos volver a jugar *squash* y luego, agotados, sentarnos a hablar, como hacíamos casi todas las semanas durante más de diez años.

Álvaro Gutiérrez Zaldívar